

EL ORIGEN DEL CATALANISMO

*Polémicas católicas en su génesis y
su primera transfiguración*

Javier Barraycoa Martínez

ALMUZARAUNIVERSIDAD

almuzarauniversidad@almazaralibros.com

@almazarauniversidad

www.almazarauniversidad.com

© Javier Barrycoa Martínez, 2025

© Editorial Almuzara, S.L., 2025

Primera edición: abril de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright».

Colección PENSAMIENTO POLÍTICO

Directora editorial de AlmuzaraUniversidad: MARÍA CRESPO

Maquetación: OSTRACA SERVICIOS EDITORIALES

© Imagen de cubierta: UNIÓN CATALANISTA | ADRIÀ GUAL, 1901

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

info@almazaralibros.com

Imprime: Liberdigital

ISBN: 978-84-10527-47-8

Depósito Legal: CO-469-2025

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice

Introducción: el misterio no resuelto	11
El aún no explicado origen del catalanismo político.....	12
La sorprendente falta de estudios sobre los orígenes del catalanismo	15
El difícil encaje del carlismo y su relación con el catalanismo.....	19
1. Reabriendo el “relato”: catalanismo vs. carlismo	25
Un relato lleno de contradicciones y silencios: el canon de Rovira y Virgili	26
Una época de “conversiones” políticas: los primeros catalanistas..	35
El desencanto ante las derrotas militares del carlismo: una falsa apreciación.....	46
El origen extranjerizante del catalanismo: el factor romántico	57
La falsa síntesis entre tradición y revolución: el canon de Solé Tura.....	62
2. Las difusas fronteras conceptuales: el primer catalanismo	71
Acotaciones terminológicas: la equivocidad del término <i>catalanismo</i>	73
El <i>vigatanisme</i> malminorista: el paradigma de Mosén Collell	81
La síntesis imposible: auge y caída de Valentí Almirall	90
Nacimiento y muerte del <i>catalanismo tradicionalista</i> : las Bases de Manresa	99
El origen barcelonés del catalanismo: su génesis urbanita y burguesa.....	105

3. El catalanismo como catolicismo liberal: buscando el espacio político	111
El catalanismo ocupa el espacio del canovismo: un nuevo paradigma electoral.....	112
El regionalismo de Mañé y Flaquer: un falso tradicionalismo	124
El romanticismo y el malminorismo: el otro Menéndez y Pelayo ..	129
El catalanismo y la Unión Católica: Integristismo y democracia cristiana.....	137
Las agitaciones en el catolicismo catalán: la tormenta de la <i>Cum multa</i>	146
4. La política episcopal: embrión del catalanismo y represión del tradicionalismo.....	155
El dedo acusador: la odisea de <i>El liberalismo es pecado</i> de Sardá i Salvany	156
Inicios de una pastoral catalanista: el paradigma del obispo Urquinaona	163
Ripoll y la “Restauración” de Cataluña: el paradigma del obispo Morgades	168
Crisis en las diócesis catalanas: los informes de Rampolla	177
La rebelión en los seminarios: el paradigma Joan Bardina	186
5. Del catalanismo religioso al político: la primera transfiguración	193
El catalanismo cainita: el asunto Verdaguer y otras cuestiones.....	194
La transfiguración: de la Lliga Espiritual a la Lliga Regionalista	203
Las evoluciones doctrinales: sobre el <i>peyisme</i> y el jesuitismo	212
El catalanismo político: la victoria incompleta de Prat de la Riba.....	225
Conclusión: el catalanismo que no fue o el sueño roto de Torras y Bages.....	235
Cronología del catalanismo	247
Bibliografía.....	251

*En agradecimiento al magisterio
de Francisco Canals Vidal*

“¡Qué cansado, pero qué cansado voy estando ya! [...] ¡Pero, qué lucha es esta! ¡Encontrándome a cada paso entre los enemigos a los que debieran estar a nuestro lado”
(Carta de Ramón Nocedal a Sardá y Salvany)

“el corazón de los sacerdotes es donde se guardan, en último recurso, por las nacionalidades confiscadas, los restos del fuego sagrado”
(Jaume Collell)

“El catalanismo es un movimiento liberalmente optimista”
(Jesús Pabón)

INTRODUCCIÓN: EL MISTERIO NO RESUELTO

El malogrado historiador Pere Anguera, al acometer sus estudios sobre la historiografía del catalanismo, se sorprendía de algunas explicaciones que se han consolidado como verdaderas sobre el origen de este movimiento socio-político. El común de los historiadores, a su entender, daba por evidentes e indiscutibles interpretaciones muy concretas de forma acrítica y sin someterlas a un contraste histórico-científico riguroso. Los estudiosos del fenómeno, salvo contadas excepciones, tendían a aceptar como verdades inmutables una serie de “hechos fundacionales” sobre los que se ha construido el relato nacionalista. Describía con sorpresa cómo, en el colmo de los despropósitos, ni siquiera se había conseguido explicar de forma convincente el paso de un sentimiento natural de catalanidad a la aparición del catalanismo político: “una buena parte de los divulgadores -acusa Anguera- no saben delimitar las fronteras entre la persistencia de la catalanidad y la aparición del catalanismo, entendiendo por *catalanidad* el hecho de saberse catalán, de persistir en el uso oral o escrito del catalán, de emocionarse ante elementos identificadores; y *catalanismo* la conciencia política con las reivindicaciones que se derivan. Es evidente que el hecho de hablar en catalán o escribirlo, incluso de defenderlo, no implicó durante largos decenios ninguna muestra de conciencia política”¹.

¹ Pere Anguera, “El catalanisme en la historiografia catalana”, en *Recerques: Història, economia i cultura*, Núm. 29, 1994, p. 61. El subrayado es nuestro. Todos los textos en catalán, excepto alguno singular, han sido traducidos al castellano por el autor de este libro. En algunos casos se ha mantenido la grafía catalana como se usaba en época de los autores y no se ha seguido la reforma de Pompeu Fabra.

Algo tan elemental como poder acotar las verdaderas causas el nacimiento del catalanismo político, ha sido profundamente descuidado por la historiografía incluso la catalanista. Esta se ha limitado muchas veces a una descripción sucesiva de acontecimientos, pero sin establecer las relaciones causales. De ahí que uno de los retos de estas páginas sea adentrarse en lo que Anguera describió como ese paso de la *catalanidad* al *catalanismo político*, y que nosotros denominamos *la primera transfiguración*. Ya advertimos que las dificultades serán muchas debido, entre otras cosas, a la confusa polisemia del propio concepto de catalanismo y las complejas relaciones entre hechos y personajes. ¿Cómo explicar que un movimiento apolítico folclorista, totalmente compatible con el sentimiento de españolidad, eclosiona a finales del siglo XIX, como movimiento político y equidistante de lo que pueda representar lo español? ¿Estos dos catalanismos -el cultural y el político- representan acaso continuidad o ruptura? ¿Por qué el relato nacionalista acepta un complaciente relato a modo de un desarrollo historicista inevitable? Estas preguntas deben ser respondidas.

EL AÚN NO EXPLICADO ORIGEN DEL CATALANISMO POLÍTICO

El relato del origen del nacionalismo catalán parte de un *pecado original* que ha distorsionado todo intento coherente de explicación. De hecho, el discurso dominante que se elaboró en las primeras décadas del siglo XX, más concretamente con Rovira y Virgili, se ha convertido en un canon que casi nadie ha osado poner en duda. Por ello, asombraba a Pere Anguera la escasez de estudios que se realizaron sobre el origen catalanismo político, cuando este ya era un fenómeno políticamente notorio y determinante en la política española tras la muerte del General Franco. De ahí su queja de: “[que] La miseria historiográfica la ejemplifica el hecho que el mejor manual continúe siendo el *Resumen de historia del catalanismo* de Antonio Rovira y Virgili². Que a casi sesenta años de su redacción y a pesar de la brevedad se mantenga como un texto básico, evidencia lo poco que se ha avanzado en el conocimiento global. Es un texto escolar, di-

² El *Resum d'història del catalanisme* fue publicado por la editorial Barcino en 1936. Previamente le antecedieron otras obras donde el esquema del relato del origen del nacionalismo catalán ya se esboza: *Història dels moviments*

dáctico, cuyo embrión había sido redactado el 1914. En palabras del autor es un `sumario conciso, ordenado y metódico de la *renaixença patriòtica*’³.

Fue precisamente la simplicidad del relato de Rovira y Virgili, y el equilibrio que proponía entre un catalanismo *conservador* y otro *revolucionario*, la que facilitó su consolidación hasta nuestros días. A favor de Rovira y Virgili, diremos que la intención del autor no era reducir intencionadamente una cuestión tan compleja. Por el contrario, lo que había redactado era el esquema de una futura “extensa Historia del catalanismo en varios volúmenes” que tenía que publicar la editorial Barcino a partir de 1936, pero la Guerra Civil abortó el proyecto. Ese esquema-relato también fue expuesto en su *Historia de los Movimientos Nacionalistas*, al tratar en concreto del nacionalismo catalán. El redactado era igualmente simple, lo cual permitía transmitirlo fácilmente y sobredimensionaba el peso en el catalanismo cultural de personajes liberales, republicanos, e incluso masones, como Buenaventura Aribau, Víctor Balaguer, Valentí Almirall o el dramaturgo Frederic Soler (a) *Serafín Pitarrá*. Así compensaba artificialmente el gran peso del conservadurismo y del catolicismo en la emergencia de este movimiento romántico político-cultural⁴.

Pero este *pecadillo* historiográfico también se cometió desde el lado conservador. Encontramos relatos que intentan primar acríticamente un catalanismo conservador en los orígenes del catalanismo. Por ejemplo, el mismo año de la obra mencionada de Rovira y Virgili, apareció la sesgada obra de Josep Pla titulada *Francesc Cambó. Materials per una historia d’aquests últims anys*⁵. Era un encargo del propio Cambó con el fin de impulsar el protagonismo perdido por la Lliga Regionalista durante el directorio de Primo de Rivera. Desde

nacionalistes, editado en tres volúmenes entre los años 1912 y 1914 y *El Nacionalismo catalán: su aspecto político, los hechos, las ideas y los hombres*, editado por Minerva en 1916.

³ Pere Anguera, “El catalanisme en la historiografia catalana”, Op. Cit., p. 63.

⁴ En el siglo XIX, el peso del catolicismo en los orígenes del catalanismo era evidente. Desde Milá y Fontanals a Torras y Bages encontramos un elenco de personajes provenientes de los ambientes católicos sin los cuales hubiera sido imposible el surgimiento del catalanismo cultural y, a la postre, político.

⁵ Cf., Josep Pla, *Francesc Cambó. Materials per una història d’aquests últims anys*, Edicions de la Nova Revista, Barcelona, 1928.

1928, el directorio ya manifestaba sus debilidades y se olía el nacimiento de un nuevo ciclo político y electoral⁶. Pla tenía el encargo de presentar el catalanismo de izquierdas como algo anecdótico en la historia del catalanismo. Pero los efectos propagandistas de la obra no surtieron efecto. Ya por entonces la llama del catalanismo había sido recogida por Francesc Macià y su Estat Català. Las elecciones municipales de 1931, que traerían inesperadamente la Segunda República, entregarían la representatividad del catalanismo a Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), en la que estaban integradas las juventudes del Estat Català. ¿Cómo es que en menos de una década el catalanismo político había pasado de ser un movimiento mayoritariamente conservador a uno revolucionario? Ello no hubiera sido posible a menos que, en su matriz, el catalanismo conservador, que recogía los votos y apoyos de amplios sectores católicos, contuviera la semilla de algo potencialmente revolucionario como fue el liberalismo. Si fuera así, ello pondría en jaque el eslogan, más que hipótesis, de que el catalanismo es la evolución del viejo carlismo. Tanto en la obra de Pla como en la de Rovira y Virgili, quedaban demasiados huecos por rellenar, pesos que reequilibrar y dudas que resolver sobre los orígenes del catalanismo.

Cambó, podríamos decir, pertenecía a una tercera generación de catalanistas a la que le parecía poco perentorio plantearse los orígenes de la ideología que encarnaba. Él simplemente estaba inmerso en las coyunturas políticas de su presente. Algunos padres del nacionalismo político conservador, como Prat de la Riba, ensayaron un relato de los orígenes del nacionalismo, pero carecían de cualquier rigor histórico y sus intentos eran eso, puro relato o adoctrinamiento⁷. Por otro lado, Francesc Cambó se prodigó en escritos sobre el fascismo, sobre la dictadura de Primo de Rivera o sobre sus actuaciones como ministro, pero apenas parecía interesarle la historia de los orígenes del catalanismo. De ahí obras como *Vuit mesos al ministeri de Foment* (1919) *Entorn del feixisme italià* (1924) *Per la concòrdia* (1929) o *Les dictadures* (1929). Así, el catalanismo conser-

⁶ Cf., Carmen González Martínez, “La Dictadura de Primo de Rivera: una propuesta de análisis” en *Anales de Historia Contemporánea*, Núm. 16, Ediciones de la Universidad de Murcia, pp. 337-408.

⁷ Prat de la Riba, al que podemos considerar padre del catalanismo conservador, intentó, en una obra ligera y contradictoria, explicar el origen del catalanismo. De ahí su obra -recopilación de artículos- *La nacionalitat catalana*.

vador del primer tercio del siglo XX dio por válido el relato conciliador del masón Rovira y Virgili, donde incluso se alababa la figura del conservador de Prat de la Riba (un teórico contrincante) en su relato fundacional del nacionalismo.

LA SORPRENDENTE FALTA DE ESTUDIOS SOBRE LOS ORÍGENES DEL CATALANISMO

Extraña hoy en día que, acabada la Guerra Civil, al nuevo régimen no le preocupara promover estudios historiográficos sobre el catalanismo, aunque sólo fuera para rebatirlo como ideología. Prácticamente la única historia divulgativa que se podía encontrar era la *Historia del nacionalismo catalán*, del falangista Maximiliano García Venero⁸. Era un estudio simplista y escrito sin ánimo de hacer mucha sangre. Quizá ello fuera debido a que buena parte de los dirigentes de la Lliga acabaran siendo los hombres de confianza de *El Movimiento* en Cataluña. Mientras que en España el interés del franquismo por estudiar al nacionalismo brillaba por su ausencia, en el exilio republicano se producían ciertas obras, pero con un carácter señaladamente revanchista y de escasa objetividad histórica⁹. Esta atonía se rompería en pleno franquismo y se haría, paradójicamente, desde una perspectiva marxista. Ello ocurría con la aparición, en 1967, de la obra *Catalanismo y revolución burguesa* de Jordi Solé Tura. El texto significó una auténtica hecatombe en el mundo catalanista antifranquista, una parte del cual estaba profundamente arraigado en ciertos ambientes clericales y burgueses y que coqueteaban con los aires marxistas que recorrían las universidades y ciertas sacristías.

La tesis *roviravirgiliana* de las dos fuentes del catalanismo (la conservadora y la revolucionaria), sobredimensionaba el peso de la rama republicana. En cambio, Solé Tura reconocía el peso de la rama católica, conservadora y burguesa del catalanismo a la hora de crear su identidad. Desde la ideología comunista, en la cual militaba

⁸ Cf. Maximiliano García Venero, *Historia del nacionalismo catalán (1793-1936)*, Editora nacional, Madrid, 1944. Según el Diccionario Akal de *Historiadores españoles contemporáneos*, sus obras estaban caracterizadas por una “gran debilidad del aparato crítico y por la imprecisión”.

⁹ Cf. Agustí Colomines i Companys, “La historia del catalanismo. Un balance historiográfico” en *Historia Contemporánea*, Núm. 23, 2001, p. 792.

en ese momento, la obra denunciaba que el primer catalanismo se había producido gracias al tacticismo de una burguesía deseosa de preservar su estatus, pero que se apoyó en los ambientes *vigatans*¹⁰ (católico-ruralistas). Con otras palabras, defendía que la identidad catalanista era un constructo ideológico con una influencia de la Cataluña profunda y tradicional y elaborado con argumentos historicistas. La burguesía no se creía esa doctrina catalanista, sostenía Solé Tura, pero la necesitaba como argumento para presionar a los gobiernos centrales para salvaguardar sus intereses. Igualmente, veía al catalanismo contemporáneo resistente al franquismo como una mera pose de una clase burguesa privilegiada por el Régimen. Por ello, su obra fue recibida con desdén, especialmente por los sectores catalanistas-católicos que estaban embarcados en el *diálogo cristiano-socialista*. Eran burgueses, pero lo compensaban con poses de marxismo antifranquista.

Que un comunista acusara a los burgueses antifranquistas, que iban de progresistas y marxistas, de ser los herederos del despreciado “espíritu burgués”, suponía arrancar muchas máscaras y agitar algunas conciencias¹¹. Estas prefirieron adormecerse que afrontar sus contradicciones. Francisco Canals avisaba, con un espíritu casi profético, del resultado de este aletargamiento de las conciencias por parte de quién debía despertarlas: “De aquí la insoportable deformación de la conciencia histórica a que estamos actualmente sometidos por la política nacionalista, en tantas dimensiones culturales secundada por la acción de influyentes sectores eclesiásticos”¹². La alusión a los sectores eclesiásticos catalanistas es fundamental, pues,

¹⁰ El término *vigatà* es difícil de acotar y se ha usado en muchos sentidos. Respecto al tema que nos ocupa lo podríamos definir como la influencia eclesiástica en el primer catalanismo cuyo foco de irradiación provenía de la diócesis de Vich y que contó con fuertes personalidades como Torras y Bages, Morgades o el canónigo Mosén Collell, director de la influyente *La Veu de Montserrat*. En un sentido más amplio sería la forma mentis propia del mundo rural tradicionalista de la Cataluña profunda.

¹¹ Aún hoy, el concepto “soleturisme”, en los ambientes nacionalistas, es sinónimo de españolismo, cf., Giaime Pala, “Nación y revolución social. El pensamiento y la acción del joven Jordi Solé Tura” en *Historia y Política*, Núm. 41, 2019, p. 219.

¹² Francisco Canals, “Catalanismo y europeísmo” en *Verbo*, Núm. 323-324, 1994, p. 283.

dejando a un lado la influencia del republicanismo o de la burguesía conservadora, en los orígenes del catalanismo deberemos hacer referencia en este libro a una peculiar “pastoral catalanista”. Peculiar porque, en diversos grados, se manifestaba como tradicionalista y antiliberal. Pero, por otro lado, supo convivir con un catolicismo liberal que, a la postre, iniciaría un proceso de secularización imparable hasta nuestros días. Que en la década de los 60 del siglo XX, catalanistas implicados en el *diálogo cristiano-socialista*, quisieran sentirse herederos del tradicionalista Torras y Bages, implicaba una violencia intelectual y psicológica que no iba a quedar sin consecuencias.

Tras los primeros años de la transición democrática empezaron a emerger estudios históricos significativos sobre los orígenes del movimiento nacionalista, pero muchos tenían un carácter revanchista-apologético que distorsionaba la objetividad académica. Y, por no decir todos, casi todos mantuvieron de forma acrítica el canon interpretativo de Rovira y Virgili¹³. Resumiendo, se puede decir que la historiografía catalanista siempre ha sufrido el reduccionismo ideológico de los que pretendían retroalimentar un relato fundacional. Historiadores como Joaquim Coll, y otros, reconocen que: “A pesar de la aparición en los últimos años de un buen número de estudios sobre el primer catalanismo político, todavía tenemos numerosos vacíos que dificultan la comprensión de los orígenes de este complejo movimiento político-cultural que ha influido tanto y tan decisivamente en la Cataluña de los últimos ciento treinta años”¹⁴. Ciertamente, “el catalanismo de estos años es un movimiento coral, territorialmente fragmentado, cuya configuración humana es bastante variada”¹⁵. Esta dispersión no implica que no se pueda encontrar una lógica subyacente en la transformación de un movimiento inicialmente folclorista en un moderno movimiento político.

Un historiador catalanista, Josep Massot, reconoce igualmente la deficiencia de los estudios sobre el origen del catalanismo. La achaca, sorprendente e impropriamente, a una persecución contra el naciona-

¹³ A propósito de estas deficiencias historiográficas, cf., Xavier Ferré, “Sobre historiografía del nacionalismo catalán” en *Ayer*, Núm. 40, 2000, pp. 215-225.

¹⁴ Joaquim Coll i Amargós y Jordi Llorens i Vila. “Els quadres del primer catalanisme. Vers una caracterització dels primers catalanistes”, en *Cercles: revista d’història cultural*, Núm. 4, 2001, p. 17.

¹⁵ *Ibidem*.

lismo: “Aunque pueda parecer extraño -afirma- aún no tenemos una historia como Dios manda del nacionalismo catalán, en buena parte por culpa de las circunstancias adversas que quisieron borrar del mapa nuestra nación”¹⁶. Esta hipótesis resulta absurda y simplista. La falta de historiografía durante el franquismo no se debe a una represión sino a la falta de interés o concienciación de los que deberían haber investigado, aunque fuera por combatir el catalanismo. Se nos antoja también que siempre ha faltado una dimensión psicológica para completar los estudios sobre los orígenes del catalanismo. El que hubiera querido atender a sus inicios se habría tenido que preguntar, por ejemplo, qué se escondía tras esas generaciones de hombres que iban desde Almirall, pasando por Prat de la Riba, Eugeni d’Ors o Torras y Bages, que nada parecían tener en común. Unos perseveraron hasta la muerte en sus ideas, otros se alejaron decepcionados e incluso se pasaron al bando del “españolismo”. Compañeros de luchas acabaron profundamente enfrentados y muchos decían amar Cataluña mientras que entre ellos se odiaban profundamente. Aun así, tras muchos intentos y amargas disputas en el seno del primer catalanismo, este logró cristalizarse en un partido político eficaz: la Lliga Regionalista.

La Lliga se presentó en sociedad en las elecciones de 1901 con resultados muy modestos. La candidatura de la Solidaritat Catalana en 1907, en la que la Lliga se presentó junto a republicanos y carlistas, por el contrario, hizo saltar por los aires en Cataluña el sistema del turno de la Restauración. A la larga, y junto a otras muchas causas, ello llevaría a la Segunda República donde el propio catalanismo conservador de la Lliga ya nunca pudo encontrar su lugar, siendo su hegemonía desplazada por un catalanismo republicano y revolucionario¹⁷. Esta misteriosa evolución debe ser explicada. Inicialmente, el catalanismo conservador de Prat de la Riba y su entorno, pivotaba alrededor de ambientes católicos y se nutría de una mística romántica medievalizante. Por eso, muchos autores no han dudado en calificarlo equívocamente de *tradicionalista*. Pero con

¹⁶ Josep Massot i Muntaner, *Església i societat a la Catalunya contemporània*, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, Barcelona, 2003, p. 83.

¹⁷ Cf., Vicente Cacho Viu, “El nacionalismo catalán como factor de modernización” en *Quaderns Crema*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Barcelona, 1998.

más acierto, y eso es lo que se intentará demostrar en este escrito, ha de considerarse como un movimiento *conservador liberal*. Sabemos que, a la hora de explicar el origen del catalanismo político, no se debe despreciar la influencia del republicanismo federal de Valentí Almirall en su aparición¹⁸, pero este no será objeto de este estudio y las razones son varias¹⁹. El catalanismo republicano de Almirall se estrelló frecuentemente en los fracasos organizativos y por sí solo no puede explicar el florecimiento popular y electoral del primer catalanismo político de carácter señaladamente conservador y católico. Hasta la Segunda República, con el éxito electoral de la recién fundada ERC, el republicanismo catalanista no fue comparable en peso con la conservadora Lliga²⁰. Pero ese periodo histórico se escapa de nuestro análisis.

EL DIFÍCIL ENCAJE DEL CARLISMO Y SU RELACIÓN CON EL CATALANISMO

En otro orden de teorías mal exploradas, hay historiadores, como Agustí Colomines, que consideran el carlismo como un precursor del nacionalismo catalán. De hecho, esta es una de las hipótesis que pretendemos refutar en este libro y que, no por errónea y simplista, es de las más popularizadas actualmente. Ucelay-Da Cal ya avisa de que: “Desde las izquierdas siempre hubo una tozuda costumbre de reducir a los catalanistas al rango de una mera transmutación del tradicionalismo, una actualización o puesta al día de las trasno-

¹⁸ Cf., Antoni Strubell i Trueta, *Josep Roca i Ferreras i L'Origen del Nacionalisme d'Esquerres. Assaig basat en l'obra de recopilació duta a terme per Fèlix Cucurull*, Els llibres del Set-ciències, Arenys, 2000. En esta obra se describe el catalanismo republicano y federalista que habría fructificado tras las estériles y frustrantes campañas de Almirall por organizarlo.

¹⁹ Una monografía completa sobre el republicanismo catalán la encontramos en Santiago Albertí, *El republicanisme català i la restauració monàrquica (1875-1923)*, Albertí Editor, Barcelona, 1973.

²⁰ A final de la Restauración hubo un catalanismo minoritario e insurreccionista que trató de alcanzar la independencia por vía de la violencia. Siendo icónica y simbólicamente importante para la legitimación de un posterior catalanismo revolucionario, el hecho es que en ese momento fue muy minoritario. Cf., Joan-Carles Ferrer i Pont, *Nosaltres sols: la revolta irlandesa a catalunya (1910-1923)*, Tesis doctoral defendida en 2021 en la Universitat Pompeu Fabra.

chadas tesis forales abanderadas por los carlistas”²¹. Por si cupiera duda alguna, Almirall, al prologar la edición castellana de su libro *Lo catalanisme*, denunciaba que lo que le distanciaba del catalanismo conservador era el hecho de que este había absorbido “a casi todo el carlismo de Cataluña”²². Esta afirmación era fruto más de una obcecación y una exageración que no de una constatación. Por el contrario, acierta Antoni Strubell al afirmar que el catalanismo, en sus formas dialécticas como el catalanismo conservador y el republicanismo revolucionario, es antitético al carlismo²³. Por ello, hay que adentrarse en el discernimiento del primer catalanismo conservador para calibrar qué influencia tuvo del carlismo, si es que la tuvo, o si simplemente acaparó un lenguaje a caballo entre el tradicionalismo y el regionalismo naciente. De momento, en el orden práctico, hay una diferencia esencial entre el catalanismo y el carlismo. El primero siempre aceptó la restauración borbónica de 1874 y en su Constitución de 1876. Por el contrario, el carlismo, junto a los republicanos, fue su más firme oponente.

En el trasfondo de la aparición del catalanismo político, habrá que tener en cuenta las fuertes polémicas y las duras confrontaciones entre católicos a la hora de aceptar o rechazar el régimen de la Restauración. Por un lado, estaban aquellos católicos que aceptaron la Constitución de 1876 en la que se rompía la “unidad católica” al permitir la libertad de cultos. Estos eran denominados despectivamente por muchos católicos tradicionalistas como malminoristas, transaccionistas, accidentalistas o, a modo de insulto, *mestizos* (por mezclar el catolicismo con el liberalismo). Por otro lado, estaban los sectores católicos carlistas, tradicionalistas, intransigentes, integristas o, llamados con desprecio por los liberales, los *cimarrones* (negros rebeldes) o *montaraces* (los que saltaban al monte). A nivel eclesial, esta pugna se manifestaría, en el último tercio del siglo XIX, entre buena parte del clero catalán (fieles al carlismo y al integrismo) y sus obispos (la mayoría pro-restauracionistas y catalanistas). El conflicto igualmente se vería reflejado en las tan habituales polémicas periodísticas de la época. Así,

²¹ Enric Ucelay-Da Cal, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D’Ors y la conquista moral de España*, Edhasa, Barcelona, 2003, p. 375.

²² Valentí Almirall, prólogo a *El Catalanismo*, Librería de Antonio López, Barcelona, 1902, p. VIII.

²³ Cf., Antoni Strubell i Trueta, Op. Cit. p. 216, nota 1.

hallaremos frecuentes diatribas entre el *Diario de Barcelona*, dirigido por un Mañé y Flaquer, regionalista, conservador, católico liberal, anticarlista, pro-restauración y mantenido económicamente por la burguesía de Barcelona y *El Correo Catalán*, carlista e intransigente, dirigido por el impetuoso Luis M^a Llauder.

Estos hechos, y muchos más que analizaremos, hacen entrever que la relación entre carlismo y catalanismo fue habitualmente más de confrontación que no de filiación. Por ende, se han de analizar los orígenes del catalanismo desde este ámbito de las polémicas eclesiales suscitadas, con extremada virulencia en Cataluña, entre las posturas católico-liberales (procatalanistas) y las tradicionalistas legitimistas. En definitiva, hay que sopesar si, como se suele afirmar con cierta frivolidad, el nacionalismo catalán es hijo del carlismo o bien si el catalanismo fue el colaborador necesario de las estrategias del restauracionismo borbónico-liberal para debilitar un carlismo catalán que mantenía una fuerza inusitada. Con mucha clarividencia, Cacho Viu ha sostenido que el catalanismo fue el “detergente” que disolvió el integrismo²⁴. Pero esta afirmación requiere su demostración, aunque ya fuera apuntada en un imprescindible estudio del historiador catalanista Joan Bonet que concluye que el catalanismo coadyubó al debilitamiento del carlismo en favor del nuevo régimen liberal-borbónico²⁵. Por tanto, con humildad, afirmamos que este texto se lanza a demostrar una hipótesis provocadora: el catalanismo no es el hijo del carlismo, sino una estrategia del liberalismo en su dimensión católico-liberal y en colaboración del régimen de la Restauración. Un carlista afamado, Melchor Ferrer, lo interpretaba así: “El catalanismo pues surgía como un partido de tendencias similares al carlismo, y [...] el Gobierno de Madrid le favoreció en cuanto perjudicaba a los carlistas”²⁶.

Este viaje obligará a recorrer tortuosos caminos: la influencia del historicismo de corte extranjerizante en el catalanismo y en la es-

²⁴ Cf. Vicente Cacho Viu, “Catalanismo y catolicismo en el ambiente intelectual finisecular”, en *Aproximación a la Historia social de la Iglesia española contemporánea*, Real Monasterio del Escorial, Madrid, 1978.

²⁵ Cf. Joan Bonet y Casimir Martí, *L’Integrisme a Catalunya. Les grans polítiques (1881-1888)*, Vicens Vives, Barcelona, 1990, cap. XVIII, *El catalanisme catòlic, alternativa a l’integrisme*, pp. 601 y ss.

²⁶ Melchor Ferrer, *Historia del tradicionalismo español*, Editorial Católica Española, Sevilla, 1959, Vol. 28, Núm. 1, p. 247.

cuela jurídica catalana; la influencia del romanticismo a la hora de recrear una falsa historia de Cataluña que presuponía la existencia de una nación que nunca fue; la alianza del catalanismo con proyectos madrileños como la Unión Católica, para desmovilizar a la militancia tradicionalista de muchos católicos catalanes; el surgimiento de una “pastoral catalanista” para desactivar al carlismo foralista; el peso urbanita en la configuración del catalanismo, resituando el idealizado e inicialmente inexistente catalanismo de la Cataluña “profunda”; las revueltas en los seminarios catalanes repletos de seminaristas carlistas enfrentados a sus obispos catalanistas o la creación de los primeros mitos del catalanismo, entre otras muchas cuestiones. Como el lector constatará en seguida, una parte de este itinerario se recorrerá, en un primer momento, por el ámbito de la psicología de los protagonistas. Ello dificulta aún más el recorrido, pero se nos antoja imprescindible. ¿Cómo explicar que Joan Bardina, uno de los intelectuales orgánicos de la Lliga, que había sido de joven firme militante carlista y azote de catalanistas, de la noche a la mañana llegara a afirmar que nunca había sido carlista? ¿Cómo justificar que muchos de los intelectuales orgánicos del catalanismo, como Eugeni d’Ors, abandonaran abruptamente la causa y militara en el campo contrario? ¿Cómo dilucidar que personajes como Marià Vayreda abandonara el carlismo por el catalanismo para después volver a integrarse en el carlismo al descubrir el tacticismo liberal en el catalanismo? ¿Cómo entender que catalanistas católicos se acabaran uniendo a masones, con tal de llevar a cabo su ideal romántico de Cataluña?

En estos giros vitales descubrimos algo del espíritu de los conversos y de los refractarios. Toda una mística, entre religiosa y secular, envuelve al primer catalanismo y su continuidad en el nacionalismo. No en vano, Rovira y Virgili, al explicar su versión del origen del nacionalismo catalán entona un himno con resonancias religiosas: “nuestra fe es grande [...] Tenemos un ideal. Bautícese, si se quiere, con los nombres de megalomanía, ilusión, orgullo o vanidad. Es lo mismo, para nuestro caso. Tenemos un ideal, y en él reside la justificación de nuestras reivindicaciones, el secreto de nuestra fuerza y la garantía de nuestro porvenir”²⁷. No es de extrañar que a Rovira y

²⁷ Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán, su aspecto político. Los hechos, las ideas y los hombres*, Barcelona, 1917, [versión digitalizada], p. 114.

Virgili, para mantener la coherencia interna de su relato, no le importara hacer desaparecer de la historia de Cataluña, sin más, el carlismo, pues le impedía cuadrar sus tesis de que el alma de Cataluña era republicana. Para sorpresa de Josep Pla, Rovira y Virgili sostenía que: “las guerras civiles carlistas tenían que ser borradas de la memoria de la gente catalana, que había que darlas como no existentes, cual si nunca hubieran existido”²⁸. Solo así el relato del catalanismo podía “construirse” sin complicaciones ni contradicciones, pero el precio a pagar sería el retorcimiento y la violentación de la psique colectiva catalana.

La historia del catalanismo no es simplemente una consecución de hechos, es una historia de personas, de conciencias, de psicologías complejas, sublimaciones románticas y resentimientos sutiles. De ahí el grave deber de entenderlo y explicarlo. Como dificultad, señalaba Pere Anguera, en los estudios actuales sobre el catalanismo hay más nacionalismo que no investigación sobre el nacionalismo. Y este es otro motivo de nuestro libro: purgar el autobombo repetitivo, revisar el canon del relato catalanista y deshacer los tópicos imperantes en la actual historiografía. Intentaremos trazar así la *primera transfiguración* del catalanismo: la que va del movimiento folclorista y el interés por la lengua catalana, a un movimiento político esencialmente liberal-conservador y nacionalista; a un movimiento explícitamente aconfesional, pero sabedor de que su fuerza estaba en el voto católico. El curso de la historia el catalanismo sufriría otras *transfiguraciones*: la que va de la aversión al sufragio universal al abrazo de la democracia cristiana, o la que pasa de un catolicismo militante a la identificación del catalanismo con un proceso revolucionario anticlerical. Pero sin entender esta primera transfiguración nunca alcanzaríamos a comprender realmente el catalanismo desde sus orígenes hasta su actual trágica realidad.

²⁸ Cit. en Francisco Canals, “Catalanismo y europeísmo”, Op. Cit., p. 279.